

SARA



“También por la fe Sara misma recibió fuerza para concebir, aun pasada ya la edad propicia, pues consideró fiel a Aquél que lo había prometido”, Hebreos 11:11.

Para hablar de Sara, como de cualquier otro personaje de la Biblia, debemos comenzar con Dios. En Sara, Dios derramó su gracia y demostró su poder que desafía toda lógica humana. Él la escogió para ser la portadora del hijo de la promesa, Isaac (Gn. 17:19), de donde vendría el Mesías prometido. Dios convierte a una mujer estéril, avanzada en edad, en una mujer fértil. Una mujer a la cual Dios le cambia el nombre de Sarai que significa “Princesa”, por Sara que significa “princesa de todas las naciones”.

Fe en Sus promesas

Sara es la número uno en la lista de Fe de entre las mujeres. Aquí es donde se destaca la fe de Sara, que a pesar de la edad de ambos ella “creyó que era fiel quien lo había prometido” (Hebreos 11:11).

Llanto en gozo

Sara, que anteriormente había reído para ocultar su tristeza, cuando nació su hijo lo llamaron Isaac, que significa “risa”. El gozo de Sara era sin fronteras. Génesis 21:6 dice, “Sara dijo: “Dios me ha hecho reír; cualquiera que lo oiga se reirá conmigo”.

Ejemplo de sumisión

El Nuevo Testamento nos deja ver que Sara se distingue especialmente por la obediencia a su esposo, siendo modelo de sumisión a los esposos. Sara fue una mujer firme y decidida, sujeta a su esposo; una mujer sometida (1 Pedro 3:5-7).

Una mujer perseverante

Abraham y Sara provenían de un entorno urbano. No eran nómadas. Pero partieron al viaje cuando Abraham estaba en la mitad de los 70 y Sara era 10 años menor que él. Sara no estaba acostumbrada a la vida errante, fue algo que debió aprender, aceptar y ser perseverante a la promesa que Dios le había dado a su esposo (Génesis 12:2-3).

Cuando venga la prueba debemos conservar la calma y confiar, haciendo el bien, obedeciendo y agradando a Dios. Lo que es más, Dios obró de manera sobrenatural dándole un hijo a Sara no solo por amor a ella y Abraham, sino por amor a ti y a mí. Fue a través de la descendencia de Sara que nació el Salvador del mundo, aquel quien perdonó nuestras ofensas y nos dio una nueva vida en Él. “El que no negó ni a Su propio Hijo, sino que Lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también junto con El todas las cosas?”, Romanos 8:32. No debemos tener ningún temor.